

## XLI

Sin embargo, el espectáculo de los malos tratamientos y de los suplicios sufridos en su presencia, por los sectarios de su doctrina, ménos protegidos que él por el influjo de su familia, consternaba y humillaba al filósofo. Él mismo los excitó á librarse del furor de sus conciudadanos, y á buscar una tierra en donde fuera lícito adorar sin crimen al Dios de Abraham. La primera emigracion partió de la Meca. Los emigrados tomaron el camino, los unos de Yathreb ó Medina, ciudad en donde se toleraban los judíos; los otros hácia Abisinia, donde el pueblo era cristiano. Mahoma permaneció en la ciudad para cuidar y aumentar la cosecha de las almas que maduraba una á una con el calor de sus predicaciones.

En aquella época se convirtió Omar, que debía de ser un día kalifa y soberano de la Siria y del Egipto. Omar, hijo de una de las mas poderosas casas de la Meca, tenia una hermana casada con Zayd, discípulo secreto de Mahoma. El fogoso Omar se levantó un día de su alfombra en el pórtico de la Kaaba, diciendo

que era menester acabar con un hombre que inficionaba el espíritu y el corazon de las familias, y que él iba á matar á Mahoma. « Qué vas á hacer, le dijo uno de sus parientes que se inclinaba interiormente hácia la nueva secta, y que queria salvar la vida del maestro; si quieres castigar á los infieles comienza por los tuyos; no sabes que tu cuñado Zayd y tu hermana Fátima practican en su casa la nueva fé? »

## XLII

Ansiando Omar asegurarse de la infidelidad de Fátima y de Zayd, se dirige á toda prisa á su casa. Sorpréndelos en compañía de un neófito que les leia y les explicaba el Coran. Al ruido de sus pasos, se oculta el neófito como si fuera un criminal, y Fátima oculta bajo la alfombra las hojas del libro; pero Omar que habia oido el rumor de una lectura á media voz: « ¿ Qué estabais leyendo? les preguntó. — Nada, respondió Fátima. — Mentís, replicó Omar, leiais el libro proscrito. » Y abalanzándose hácia Zayd, lo derribó á los piés de su hermana. « ¡ Pues bien, sí! exclamó Fátima indignada é interponiéndose entre su

marido y su hermano, sí, adoramos al Dios único, ¡creemos en Dios y en su profeta, mátanos si quieres!» La intrépida Fátima, herida accidentalmente en la lucha de Omar, baña con su sangre las manos de su hermano. A la vista de aquella sangre, se turba y se entenece Omar: «Enseñame, dice á su hermana disculpándose, el libro que leiais. — ¡Temo que lo desgarras! le contestó ella. » Omar juró respetarlo. Fátima le presenta la hoja que contenia la definicion de la unidad, de la grandeza, de la santidad, de la misericordia de Alah. « ¡Cuán bello y sublime es esto!» exclama Omar leyendo los versículos originales. El neófito, escondido en el cuarto inmediato, conociendo en estas palabras que Dios ha cambiado el corazon del jóven, sale de su escondite, se presenta á Omar y le dice: « Yo oia ayer orar al maestro: ¡ Señor, decia, permite que el islamismo se fortalezca con la conversion de Omar, que valdria por sí sola mas que un ejército para tu causa! ¡ El Señor lo ha oido, el cielo te reserva sin duda para ser uno de los héroes de su fé, cede á la admiracion involuntaria que sientes, y abraza como nosotros la verdad! — Cedo, dijo Omar, dime donde está el profeta. ¡ Corro á confesar mi error y á entregarme en manos de aquel contra quien venia!» En este momento, Mahoma, encerrado con cuarenta de sus sectarios en una casa aislada de la

colina de Safa, les comentaba su doctrina. Puesto uno de ellos de centinela, para prevenir al cenáculo la aproximacion de los infieles, mira por una rendija de la puerta. « Omar, grita él, con su sable desnudo, llama á la puerta. — Abrele, » respondió Mahoma. Los discípulos tiemblan, Mahoma sale al encuentro á Omar, lo lleva al centro del círculo cogido por su traje: « ¿Qué vienes á hacer aquí? le dijo con voz de repreension; ¿querrás por ventura persistir en tu impiedad, hasta que estalle sobre tu cabeza la cólera celeste? — Vengo, respondió humildemente el feroz Omar, ¡á confesar á Dios y á su profeta!» El terror de los creyentes se cambió en alegría y bendicion.

Deseando Omar dejar traspasar su conversion entre los coraitas, sin publicarlo él mismo, se dirige, al salir del cenáculo, á casa de uno, famoso por su afan de dar el primero las noticias por la ligereza de su lengua y la imposibilidad de guardar un secreto. « ¡Escucha, le dijo, pero no me vendas; acabo de hacer en secreto mi profesion de fé islamita!» El propalador de noticias va en seguida al pórtico de la Kaaba, círculo habitual de los ociosos de la Meca, diciendo que Omar acaba de apostatar, y que se ha pervertido como los otros! « Mientes, le replicó Omar que llegó en aquel momento; yo no me he pervertido, me he convertido; soy musulman, confieso que

no hay otros dioses mas que el Dios único, y Mahoma es el revelador de Dios! »

Escandalizados los coraitas con tal impiedad, se precipitaron sobre Omar. Este sacó su sable y se defendió contra todos. Los ancianos intervienen y restablecen la paz. Hasta aquel dia Mahoma solo iba á hacer sus oraciones en el templo de Abraham, á la faz de los idólatras.

Tenia la costumbre de colocarse para orar entre el ángulo del templo y la piedra negra incrustada en la pared. Al dia siguiente Omar se atrevió á ir con él al templo. El terror de su sable intimidó á los idólatras. Pronto lo siguieron los creyentes, de esta manera se disputaron dos religiones el mismo santuario; el cisma del Dios único afrontó abiertamente á los falsos dioses.

### XLIII

Los conservadores de las viejas idolatrias firmaron indignados una *liga* ofensiva y defensiva contra las familias inficionadas con la nueva fé, y sobre todo contra la familia de Abutaleb, que era la del profeta,

liga semejante en el nombre y en el espíritu á la de los Guisas en Francia, contra los herejes, y que fué sellada con la sangre de la San Barthelemy.

Siete años hacia que Mahoma predicaba su doctrina en Arabia. Las familias amenazadas ó proscritas por su fé se retiraron con Mahoma á un valle un poco distante de la ciudad. Allí acamparon por espacio de tres años bajo sus tiendas y con sus ganados. A su cabeza, aunque sin haber hecho profesion del islamismo, se hallaba Abutaleb, el tio venerado por Mahoma. El espíritu de familia se substituia ya al espíritu de secta. La discusion que fué al principio religiosa, se convirtió en civil. Las tribus nómadas del desierto y algunos de sus secretos aliados de la ciudad les llevaban viveres.

Entretanto, el fanatismo de los sectarios de Mahoma renovaba de tiempo en tiempo las disputas en la Kaaba. Otman escuchaba allí un dia al poeta Lebid, que leia poesias sagradas en honor de los dioses de la Arabia.

« Todas las cosas son nada, excepto la Divinidad: »  
leia Lebid.

« Eso es cierto, dijo Otman en voz alta interrumpiendo la lectura. »

Lebid continuó, y recitó otro versículo que decia:  
*¡Y toda felicidad es pasajera!*

« ¡Eso es falso! interrumpió de nuevo Otman: *la felicidad del cielo es eterna.* »

El poeta se turbó con el apóstrofe. « ¡No hagas caso, le dijo uno de sus oyentes, ese hombre es un idiota que, como otros idiotas, ha renegado la religion de sus padres! » Otman se irritó contra el que así lo insultaba. Una pugna estalló en el templo. A Otman le saltaron un ojo de un puñetazo. Un coraita, mas humano que los otros, ofreció á Otman su proteccion contra los ultrajes de sus agresores. « ¡Gracias, le respondió Otman, yo no quiero protector sino en el cielo, y ojalá reciba otro golpe semejante en el ojo que me queda por la causa del Dios único! »

#### XLIV

Estas discusiones debilitaban á los coraitas á los ojos de las otras tribus. Los dos partidos andaban en negociaciones para la vuelta de los expatriados á la ciudad. Una casualidad favoreció la negociacion. La hoja de palmera en la que los de la liga habian escrito su alianza se hallaba puesta tres años hacia en

la pared de la Kaaba. Los gusanos habian roido el texto y las firmas, no respetando mas que el nombre de Alah que se hallaba al principio de la hoja. Los firmantes juzgaron que este milagro los relevaba de su juramento. El viejo Abutaleb, respetado de todos vino á tratar de su vuelta y de la de su familia á la ciudad. Mahoma regresó con los suyos. Pero poco tiempo despues, su tio y protector Abutaleb murió de vejez sin condenar ni abrazar la fé de su sobrino. Mahoma lo lloró como á un padre.

Pero pronto tuvo que verter lágrimas mas amargas con la pérdida de la compañera de su fé, de sus tribulaciones y su felicidad. Su única y querida esposa Kadidje murió amando al profeta y profesando su fé. La tristeza y el abatimiento se apoderaron del alma de Mahoma. Su apoyo terrestre en Abutaleb, y su apoyo moral en Kadidje le faltaron á la vez. Salió solo de su casa y se fué á Taief, capital de una provincia inmediata, confiando en hallar allí corazones mejor preparados para recibir sus doctrinas. Los magnates de la ciudad se reunieron para oirlo. Pero apenas abrió los labios para explicarles su religion, estallaron los sarcasmos y las risas contra el *inspiredo* de la Meca: « ¿No tenia Dios otro apóstol que tú que enviarnos? » le dijeron con desprecio.

Uno de los oyentes, mas ilustrado que sus compa-

trioas, lo confundió con un dilema que dejó mudo al profeta.

« Yo no quiero discutir contigo, le dijo aquel hombre agudo; si tú eres un inspirado, como afirmas, tú eres demasiado santo y grande para que yo me atreva á responderte; ¡si no eres mas que un impostor, eres demasiado vil para que me rebaje hasta el punto de hablarte! »

Esta respuesta pareció victoriosa al populacho de Taief. Mahoma fué echado de la ciudad á pedradas. Los esclavos y los muchachos lo persiguieron así mucho trecho. Cuando la fatiga lo abrumaba, se veia obligado á acurrucarse y á cubrir su cabeza y sus piernas con su manto para amortiguar el golpe de las piedras que llovian sobre él. Al fin, una familia compasiva le abrió la portezuela de un cercado para que se refugiara en una viña, y le permitió comer uvas para que apagara la sed, y pudiera esperar allí hasta la noche, hora en que volvió á emprender su jornada á la Meca. Pero tampoco se atrevió á entrar en esta ciudad sin haber implorado á un protector para que le defendiera la vida. Largo tiempo aguardó la respuesta rehusada por todos en el monte Hira. No es fácil calcular el peso de dolores que cuesta al que lleva, por decirlo así, á pesar suyo, toda idea verdadera á los hombres! Gotas de sudor,

gotas de lágrimas y gotas de sangre marcan la huella del misionero de la unidad de Dios en la arena de la Arabia como en toda la tierra. Dios no quiere evidentemente que su verdad sea un don gratuito, quiere que sea también una conquista, ¡y esa es la gloria de la verdad y el mérito del hombre!

## XLV

Por tercera vez desfalleció y tuvo tentaciones de poner en manos de Dios el mandato que creía haber recibido, diciéndole que ejecutara él mismo su propia obra, demasiado dura para un simple mortal. Se retiró á su casa, cesó de blasfemar de los ídolos acreditados entre la muchedumbre, transigiendo por decirlo así con el error y la verdad. Parecía que había renunciado á persuadir á sus compatriotas. Dedicóse á convertir furtivamente á los árabes beduinos que acampaban en las colinas exteriores de la ciudad, y á los peregrinos de países remotos que venían todos los años á la Meca á visitar la Kaaba. Algunas veces el viento que se lleva la simiente del surco en que la siembran, la arrebató de las manos



T. I. p. 161.

PREDICACIONES DE MAHOMA.

del labrador para llevarse y hacerla germinar mas léjos. Pero los beduinos y los peregrinos estaban prevenidos de antemano contra su predicacion por los miembros mismos de su familia, que permanecian infieles.

Uno de sus tíos, Abu-Lahab, zeloso amigo del templo de los ídolos, seguia tenazmente sus pasos cuando salia de la ciudad, como sigue un vigilante los de un insensato. Abu-Lahab gritaba á los extranjeros á quienes se acercaba Mahoma: « ¡No lo escuchéis! apartaos de él ¡es un impostor que querria haceros apostatar de los dioses de la Arabia para que siguierais sus quimeras! »

### XLVI

No le prestaban oido atento los extranjeros, prevenidos por la incredulidad de los coraitas. Confundianlo con estas palabras del buen sentido comun que se presentan naturalmente á las imaginaciones irreflexivas: « Tus compatriotas y tus parientes están en disposicion de juzgarte mejor que nosotros; ¡si quieres persuadirnos, comienza por convencerlos! »

Solo lo escuchaban con algun favor los habitantes de Yathreb, ciudad celosa de la Meca. Esta ciudad, poblada en gran parte por refugiados judíos, imbuidos en la antigua creencia de un Mesías, que debia emancipar á los de su raza, fomentaba el mismo pensamiento entre los Arabes de Yathreb. « Quizá sea él, decian entre sí: ¡ pues bien, que venga, que se manifieste, y que nos saque de la dominacion de los enemigos de Yehovah! »

Diputados de Yathreb, judíos ó árabes, fueron muchas veces á proponerle que buscara asilo libre y que predicara en su ciudad. A pesar de haber hablado y de haber sufrido en vano durante los diez años que habia predicado en su patria, y á pesar de rayar en los cincuenta de su vida, le repugnaba el dejar la Meca, porque era el centro mas frecuentado y famoso de la Arabia.

### XLVII

Su viudedad, la severidad relativa de sus costumbres en un país en que la promiscuidad de las mujeres existia bajo la forma de un concubinato ilimi-

tado; su larga union con una sola mujer de mas edad que la suya, y que respetaba como tutora de su vida y depositaria fiel de su mision, le habian conservado hasta entónces la sensibilidad del corazon y la savia ardiente de la juventud. El mismo foco de imaginacion que encendia en él el éxtasis encendia el amor. Este doble poder, producto del mismo origen, confundia en él la fé y la voluptuosidad. La inclinacion á los deleites sensuales, á la que le impidieron resistir las costumbres desenfrenadas de los árabes, el clima, el ejemplo, la tradicion de los patriarcas del desierto, la tolerancia del mismo Moisés y su propia naturaleza, fué la debilidad dominante de su carácter, y el vicio y la ruina de su legislacion.

Los árabes tomaban y repudiaban las mujeres que querian sin mas medida que su capricho é inconstancia. Mahoma creyó que hacia bastante por la rehabilitacion de esa mitad del género humano consagrando la union de los sexos con un lazo religioso y casi indisoluble; pero no creyó que hacia demasiado en favor de la licencia de los árabes autorizándolos á tener cuatro mujeres legítimas, cuando les permitiera su fortuna sostener las cuatro esposas con arreglo á su elase.

La casta y severa unidad del matrimonio cristiano, la mas antisensual, la mas moral y la mas civil de

las consecuencias del cristianismo que tenia á la vista de Siria, fué rechazada por Mahoma como incompatible con los hábitos de su pueblo, ó mas bien como demasiado austera para su propia sensualidad. Olvidó que en una legislacion religiosa, todo lo que pretende parecer divino debe de ser necesariamente sobrehumano, y que no es permitido á un legislador inspirado transigir con la debilidad humana y convertirla en virtud.

La igualdad recíproca de derechos y de deberes entre los dos sexos constituye la primera de todas las virtudes, que es la justicia, y faltando á ella, Mahoma violaba la justicia, mantenía la desigualdad de los deberes, conservaba la degradacion de la mitad del género humano, privaba de mujeres legítimas á las dos terceras partes de los hombres pobres, favorecia la desmoralizacion de los ricos, privaba de esposos para darles señores, á las dos terceras partes de las mujeres, y sembraba la confusion en los sentimientos y en las herencias de las familias, proclamando, no el precepto, pero sí la tolerancia de la poligamia entre los creyentes. Esta licencia desmentía su mision á los ojos de todo hombre reflexivo, aun de los de su época. Lo que degradaba á la mitad de sus criaturas no podia ser inspirado por Dios.

Es cierto que el legislador religioso de la Arabia



imponia á la sensualidad de su pueblo las dos privaciones mas penosas que se pueden imponer á los sentidos del hombre para evitar la tentacion y las ocasiones de crímenes ó de vicios, el alejamiento de las mujeres de la sociedad de los hombres, y la abstinencia del vino y de toda bebida fermentada. De estos dos preceptos del Coran, el uno preservaba la inocencia privando á los ojos de la vista de la belleza, el otro preservaba la razon privando á los labios de la embriaguez, que es el delirio del alma.

Es verdad que les prescribia oraciones asiduas, renovadas conforme seguia el sol su carrera; ayunos, entre los cuales el mas importante era el del mes de ramadan, proscripciones rigurosas de alimentos carnales, abluciones incesantes, silencios, recogimiento, abnegaciones ascéticas de voluntad, copiadas de la regla de los monasterios de la India ó de los conventos cristianos; es cierto en fin, que inició atrevidamente la emancipacion moral de la mujer reconociendo en ella una alma igual á la de los hombres y un destino inmortal como el de estos, admitiéndolas entre sus discípulos, prohibiendo su inmolacion al nacer segun la bárbara costumbre del desierto, enseñando á los árabes á respetar en ellas á sus madres, sus hijas, sus esposas, las mas bellas y las mas santas criaturas de Alah. Pero no osó ó no quiso cortar por la

raiz el vicio con el precepto divino de la unidad conyugal. De esta suerte solo redujo el desórden y encerró la licencia en lo interior de la casa, en vez de arrancarlo de cuajo del corazon de los árabes. Este fué el escándalo de su Coran, el grito del género humano contra la autoridad de su libro, la superioridad del cristianismo sobre su legislacion, la futura condenacion de su doctrina social. Esta condescendencia con los sentidos lo privó del espíritu del universo.

#### XLVIII

Preciso es reconocer que el matrimonio con muchas mujeres era en las tribus árabes algo mas que un brutal sensualismo. Era un lazo de parentesco, una prenda de alianza política entre las familias principales de una misma ciudad ó de una misma tribu para afianzar con la consanguinidad la amistad, la fraternidad, el apoyo de las tiendas ó de las casas en que se escogia una mujer. Las esposas eran rehenes que se daban recíprocamente las familias. Ellas aseguraban la paz, ellas confirmaban el poder de las casas en que entraban. En un país en donde no habia

autoridad central superior para establecer la firmeza del poder, este poder ó este predominio, flotante sin cesar, pasando de una á otra casa, y sin mas título que el de la posesion, no podia ser conservado sino por la adhesion en los consejos del mayor número de jefes de familia con influjo en la ciudad ó en la tribu. Los matrimonios ilimitados eran medios de adquirir estas adhesiones y estas alianzas. Así se dilataba la familia dominante ó se procuraba por otra parte contrabalancear su ascendiente, multiplicando contra ella las relaciones de parentesco con las casas rivales. Una mujer era un tratado.

Esto parece que decidió á Mahoma, tanto quizá como el deleite, á escoger las esposas que tomó despues de la muerte de Kadidje. Aquel era el momento en que para sostener su doctrina proscrita necesitaba sostenerse él mismo en la Meca por medio de alianzas con las familias de sus indecisos enemigos, ó de sus adictos partidarios. Esta conjetura se halla justificada por la edad de las dos mujeres con quienes se casó al cabo del año de la viudedad. La primera, Sauda, hija de los Abucays, casa ilustrada por los poetas de este nombre, rayaba apénas en la edad nubil; la segunda, Aiche, hija de su discípulo Abubekre, tan célebre por su varonil belleza y su elegancia marcial, no habia salido todavía de la infancia.

Aiche no tenia mas que ocho años. Mas tarde fué la esposa favorita del profeta, de edad avanzada ya, pero siempre amante de su discípulo. Aiche, mas bien su hija adoptiva que su mujer, no entró en su corazon de esposo hasta muchos años despues. Parece que Mahoma la amó mas que á todas las mujeres, tanto por la elevacion de su inteligencia y su fidelidad, como por sus hechizos, celebrados en todas las tradiciones de la Arabia.

## XLIX

Sus sentidos, exaltados por el éxtasis de los deleites, lo trasportaron en aquella época de su vida, por un desvanecimiento ó un sueño de su imaginacion, como el de la caverna, en el cielo, en donde conversó con los patriarcas, padres de su fé.

Soñó que su yegua, célebre en el desierto por la rapidéz de su carrera, lo llevaba sobre el polvo de los soles á los jardines (paraiso del firmamento). Refirió como poeta lo que habia visto como extático. Su paraiso, sueño de un corazon sensual, reunió todo lo que en el mundo futuro satisfacía mejor los instintos

de un pueblo belicoso, meditativo, pastor y voluptuoso en el mundo presente, un *oásis*, un jardín, en donde las aguas, la sombra, las flores, los frutos y los pájaros canoros, mecían la eterna ociosidad de una existencia sin trabajo, miéntras que vírgenes ó esposas celestiales de una belleza divina prodigaban á los escogidos la embriaguez renaciente del amor.

Este éxtasis, contado sencillamente despues de su viaje imaginario al cielo, regocijó á sus enemigos. La simplicidad les pareció demasiado pueril, ó el artificio demasiado grosero. Los de la Meca se rieron al oír esta predicación. Sus mismos discípulos escandalizaron, y suplicaron al profeta que no volviera á hablar mas de ella. « ¡No, dijo él, yo haria traicion al que me ha abierto los cielos, si sepultaba con cobarde silencio las maravillas que me ha permitido oír y ver! » Algunos neófitos perdieron la fé y abandonaron su secta.

Ali persistió á pesar de los sarcasmos de sus amigos. « ¡Mahoma, dijo, no puede mentir; supuesto que lo afirma yo lo atestiguo! » ¡Esta fidelidad hasta en lo absurdo le valió el dictado de creyente bajo palabra!

## L

La fortuna quiso al parecer compensar la desercion de sus discípulos, causada por su intempestiva revelacion. Doce ancianos, jefes de los árabes de la ciudad de Yathreb, diputados por sus conciudadanos para verlo, fueron á la Meca con el pretexto de su peregrinacion, y pidieron al profeta una conferencia nocturna en un barranco de la colina Acaba.

Esta conferencia concluyó por una alianza tácita y por un juramento que los doce enviados prestaron en nombre de sus tribus. Mahoma les dió un misionero, llamado Mosad, para que les enseñara sus dogmas, sus leyes y sus ritos.

Mosad predicaba la religion de su maestro á los niños en un jardín de palmeras, cercado de paredes fuera de la ciudad. Sad, el cadí ó primer magistrado de Yathreb, habiendo sabido que un extranjero catequizaba al pueblo contra los dioses, acudió con la lanza en la mano para echar de allí al misionero; Mosad le rogó únicamente que lo escuchara. Consintió Sad en ello, clavó su lanza en la arena y se sentó